

Pierre Bourdieu

Contrafuegos

Reflexiones para servir a la resistencia
contra la invasión neoliberal

Traducción de Joaquín Jordá



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

No me gustaría haber venido hasta aquí para aportar una contribución puramente teórica. La ruptura de los vínculos de integración social que se pide a la cultura que repare es consecuencia directa de una política económica. Y se espera a menudo de los sociólogos que arreglen los platos rotos por los economistas. Así pues, en lugar de limitarme a proponer lo que se llama en los hospitales curas paliativas, intentaré plantear la cuestión de la contribución del médico a la enfermedad. Podría ocurrir, en efecto, que, en buena parte, las «enfermedades» sociales que deploramos fueran causadas por la medicina, a menudo brutal, que se aplica a quienes se pretende curar.

Por eso, después de leer en el avión que me llevaba de Atenas a Zurich una entrevista con el presidente del Bundesbank, al que se presenta como el «sumo sacerdote del marco alemán», ni más ni menos, quisiera ya

1. Intervención en la Universidad de Friburgo (Alemania), en octubre de 1996, con motivo de los Encuentros Culturales Francoalemanes, que trataron el tema «La integración social como problema cultural».

que estoy aquí, en un centro conocido por sus tradiciones de exégesis literaria, entregarme a una especie de análisis hermenéutico de un texto que encontraréis íntegramente en *Le Monde* del 17 de octubre de 1996.

Esto es lo que dice el «sumo sacerdote del marco alemán»: «El reto actual consiste en crear las condiciones que favorezcan un crecimiento sostenido y la confianza de los inversionistas. Es preciso, pues, controlar los presupuestos públicos [...]» O sea —sea más explícito en las frases siguientes—, enterrar cuanto antes el Estado social, y, entre otras cosas, sus dispendiosas políticas sociales y culturales, para tranquilizar a los inversionistas, que preferirían ocuparse ellos mismos de sus inversiones culturales. Estoy seguro de que a todos ellos les gustan la música romántica y la pintura expresionista, y estoy convencido, asimismo, aun sin conocer al presidente del Bundesbank, de que, en sus ratos libres, al igual que el director de nuestro banco nacional, el señor Trichet, lee poesía y practica el mecenazgo. Sigo: «[...] Es preciso, pues, controlar los presupuestos públicos, bajar las tasas y los impuestos hasta que alcancen un nivel soportable a largo plazo [...]» Lo que debe entenderse así: bajar el nivel de las tasas y los impuestos de los inversionistas hasta que les resulten soportables a largo plazo, lo que evitará, por una parte, que se desanimen, y, por otra, que se vayan con sus inversiones a otra parte. Prosigo mi lectura: «[...] reformar los sistemas de protección social [...]» Es decir, enterrar el Estado del bienestar y sus prácticas de protección social, que tienden a socavar la confianza de los inversionistas, a suscitar su legítima desconfianza

za, convencidos como están, en efecto, de que sus conquistas económicas –si se habla de conquistas sociales, también se puede hablar de conquistas económicas–, es decir, sus capitales, no son compatibles con las conquistas sociales de los trabajadores, y de que esas conquistas económicas deben, evidentemente, ser protegidas a cualquier precio, aunque ello implique reducir las escasas conquistas económicas y sociales de la gran mayoría de los ciudadanos de la Europa futura, los mismos que en diciembre de 1995, durante las huelgas, fueron llamados *ricos, privilegiados*, una y otra vez.

El señor Hans Tietmeyer está convencido de que las conquistas sociales de los inversionistas –es decir, sus conquistas económicas– no sobrevivirían a una perpetuación de los sistemas de protección social. Así pues, se trata de sistemas que hay que reformar *urgentemente*, porque las conquistas económicas de los inversionistas no pueden esperar. Y, para demostrar que no exagero, sigo leyendo al señor Hans Tietmeyer, pensador de altos vuelos, que se sitúa en la gran tradición de la filosofía idealista alemana: «[...] Es preciso, pues, controlar los presupuestos públicos, bajar las tasas y los impuestos hasta que alcancen un nivel soportable a largo plazo, reformar los sistemas de protección social, desmantelar las rigideces que pesan sobre los mercados de trabajo, porque sólo se logrará entrar en una nueva fase de crecimiento si hacemos un esfuerzo –el «hacemos» es magnífico– «por flexibilizar los mercados de trabajo.» Ya está. El señor Hans Tietmeyer ha llegado a donde quería llegar, y, en la gran tradición del idealismo alemán, nos ofrece un magnífico

ejemplo de la retórica eufemística que hoy día es de uso común en los mercados financieros: el eufemismo es indispensable para suscitar una confianza duradera por parte de los inversionistas –que, como debe de haber quedado claro, es el alfa y la omega de todo el sistema económico, el fundamento y el objetivo último, el *télos*, de la Europa del futuro–, pero evitando cuidadosamente provocar la desconfianza o la ira de los trabajadores, con los que, pese a todo, hay que contar si se quiere lograr entrar en esa nueva fase de crecimiento que se les ofrece como señuelo, pues son los que han de realizar el esfuerzo indispensable para conseguirlo. Y es que, pese a todo, sigue esperándose de ellos ese esfuerzo, aunque el señor Hans Tietmeyer, decididamente convertido en maestro del eufemismo, diga: «[...] desmantelar las rigideces que pesan sobre los mercados de trabajo, porque sólo se logrará entrar en una nueva fase de crecimiento si *hacemos* un esfuerzo por flexibilizar los mercados de trabajo.» Espléndido ejercicio retórico, que podría traducirse así: ¡Ánimo, trabajadores! ¡Hagamos entre todos el esfuerzo de flexibilización que se os pide!

En lugar de hacerle, imperturbable, una pregunta sobre la paridad exterior del euro y sus relaciones con el dólar y el yen, el periodista de *Le Monde*, preocupado asimismo por no desanimar a los inversionistas, que leen su periódico y son excelentes anunfiantes, hubiera podido preguntarle al señor Hans Tietmeyer el sentido que da a las expresiones clave de la lengua de los inversionistas: *rigideces de los mercados de trabajo* y *flexibilización de los mercados de trabajo*. Si los trabaja-

dores leyeran un periódico tan indiscutiblemente serio como *Le Monde*, entenderían al punto lo que hay que entender: trabajo nocturno, trabajo durante los fines de semana, horarios irregulares, más presión, más estrés, etcétera. Como puede verse, «sobre los mercados de trabajo» funciona como una especie de adjetivo atributivo susceptible de unirse a cierto número de palabras, y podría tenerse la tentación, para medir la flexibilidad del lenguaje del señor Hans Tietmeyer, de hablar, por ejemplo, de «flexibilización de los mercados financieros» o de «rigideces que pesan sobre los mercados financieros». Lo insólito que nos resultaría oír semejantes expresiones en boca del señor Hans Tietmeyer induce a suponer que nunca ha pasado por su mente la idea de «desmantelar las rigideces que pesan sobre los mercados financieros» o «hacer un esfuerzo por flexibilizar los mercados financieros». Lo que permite pensar que, contrariamente a lo que puede hacer creer el plural «si hacemos un esfuerzo» del señor Hans Tietmeyer, ese esfuerzo de flexibilización se pide a los trabajadores, y sólo a ellos, y que sólo a ellos, también, se dirige la amenaza, próxima al chantaje, implícita en la frase: «[...] porque sólo se logrará entrar en una nueva fase de crecimiento si hacemos un esfuerzo por flexibilizar los mercados de trabajo.» En otras palabras: abandonad ahora *vestras* conquistas sociales, para evitar que los inversionistas pierdan la confianza, en nombre del futuro crecimiento que eso nos aportará. Una lógica muy conocida por los trabajadores implicados, que, para resumir la política de participación que les ofrecía en otras épocas

el gaullismo, decían: «Tú me das tu reloj, y yo te doy la hora.»

Releo por última vez, después de este comentario, las declaraciones del señor Hans Tietmeyer: «El reto actual consiste en crear las condiciones que favorezcan un crecimiento sostenido y la confianza de los inversionistas. Es preciso, pues —obsérvese el «pues»—, «controlar los presupuestos públicos, bajar las tasas y los impuestos hasta que alcancen un nivel soportable a largo plazo, reformar los sistemas de protección social, desmantelar las rigideces que pesan sobre los mercados de trabajo, porque sólo se logrará entrar en una nueva fase de crecimiento si hacemos un esfuerzo por flexibilizar los mercados de trabajo.» Que un texto tan extraordinario se hallara expuesto a pasar inadvertido y a conocer el efímero destino de los textos que publican a diario los periódicos, se debe a que estaba perfectamente ajustado al «horizonte de expectativas» de la gran mayoría de los lectores de prensa, es decir, de todos nosotros. Y eso plantea el problema de saber cómo se ha producido y difundido un «horizonte de expectativas» tan extendido (ya que lo mínimo que hay que hacer para complementar las teorías de la recepción, de las que no soy adepto, es preguntarse de dónde sale ese «horizonte»). Dicho horizonte es el producido de un trabajo social, o, mejor dicho, político. Si las expresiones del discurso del señor Hans Tietmeyer se aceptan tan fácilmente, es porque circulan por todas partes. Son omnipresentes, están en todas las bocas, corren como moneda de curso legal, son admitidas sin ningún titubeo, precisamente como si se tratara de

una moneda, de una moneda estable y fuerte, sin duda, de una moneda tan estable y digna de confianza, fe y crédito como el marco alemán: «crecimiento sostenido», «confianza de los inversionistas», «presupuestos públicos», «sistemas de protección social», «rigideces», «mercados de trabajo», «flexibilizar», a lo que convendría añadir «globalización» (me he enterado por otro periódico que leí, siempre en el avión que me llevaba de Atenas a Zurich, de que, síntoma de una vasta difusión, los cocineros hablan también de «globalización» para defender la cocina francesa...), «flexibilización», «bajar las tasas» -sin precisar cuáles-, «competitividad», «productividad», etcétera.

Este discurso de talante económico sólo puede correr más allá del círculo de sus promotores mediante la colaboración de multitud de personas -políticos, periodistas, meros ciudadanos- que tienen el suficiente barniz de conocimientos económicos para participar en la circulación generalizada de las expresiones mal contrastadas de una *vulgata* económica. Buen indicio del efecto que produce la machaconería mediática son las preguntas del periodista, que, en cierto modo, se adelanta a las expectativas del señor Tietmeyer: están imbuido de antemano de las respuestas, que podría darlas él. Por medio de semejantes complicidades pasivas se ha ido imponiendo poco a poco una visión llamada neoliberal, conservadora, en realidad, que se sustenta en una fe, propia de otros tiempos, en la inevitabilidad histórica fundada en la primacía de las fuerzas productivas sin más regulación que las voluntades concurrentes de los productores individuales. Y

quizá no sea casualidad que tantas personas de mi generación hayan pasado sin esfuerzo de un fatalismo marxista a un fatalismo neoliberal: en ambos casos, el economismo provoca la demotivación y la apatía al anular la política e imponer una serie de objetivos indiscutidos: crecimiento máximo, competitividad, productividad. Aceptar la manera de pensar del presidente del Bundesbank significa aceptar esa filosofía. Lo sorprendente es que dicho mensaje fatalista adopte aires de mensaje liberador, mediante una serie de juegos de palabras alrededor de las ideas de libertad, liberación, desregulación, etcétera, y una serie de eufemismos o de atribución de dobles sentidos a las palabras -a la palabra «reforma», por ejemplo-, encaminados a presentar una restauración como una revolución, de acuerdo con una lógica que es la de todas las revoluciones conservadoras.

Volvamos, para terminar, a la expresión clave del discurso de Hans Tietmeyer, *la confianza de los mercados*. Tiene el mérito de iluminar por completo la *disyuntiva* histórica a la que se enfrentan todos los poderes: hay que elegir entre la confianza de los mercados y la confianza del pueblo. Pero la política que apunta a conservar la primera se expone a perder la segunda. De acuerdo con un reciente sondeo acerca de la actitud respecto a los políticos, dos tercios de las personas interrogadas les reprochan su incapacidad para escuchar y tomar en consideración lo que piensan los franceses, reproche especialmente frecuente entre los partidarios del Frente Nacional -cuyo irresistible ascenso se deplora, por otra parte, sin pensar ni por un instan-

te en establecer la relación entre el Frente Nacional y el FMI-. (El desencanto respecto a los políticos es más intenso entre los jóvenes de 18 a 34 años, los obreros, los empleados y los simpatizantes del Partido Comunista y el Frente Nacional. Relativamente elevada entre los partidarios de todos los partidos políticos, la tasa de desconfianza alcanza el 64 % entre los simpatizantes del Partido Socialista, hecho que también tiene que ver con el ascenso del Frente Nacional.) Si se relaciona la confianza de los mercados financieros, que se pretende salvar a cualquier precio, con la desconfianza de los ciudadanos, quizá veamos mejor dónde está la raíz de la enfermedad. Con muy pocas excepciones, la economía es una ciencia abstracta basada en la disociación, absolutamente injustificable, de lo económico y lo social que caracteriza al economismo. En esta disociación está el origen del fracaso de cualquier política que no tenga otro fin que la protección del «orden y la estabilidad económicos», ese nuevo Absoluto del que el señor Tietmeyer se ha convertido en reverente servidor, fracaso al que conduce la ceguera política de unos cuantos y que pagamos todos.

Friburgo, octubre de 1996

LOS CIENTÍFICOS, LA CIENCIA ECONÓMICA Y EL MOVIMIENTO SOCIAL¹

El movimiento social de diciembre de 1995 fue un hecho sin precedentes por su amplitud y, sobre todo, por sus objetivos. Y si ha sido considerado en extremo importante por gran parte de la población francesa, y también a nivel internacional, se debe, en especial, a que ha introducido en las luchas sociales objetivos completamente nuevos. De modo confuso, a modo de esbozo, ha aportado un auténtico proyecto de sociedad, afirmado de manera colectiva y capaz de oponerse a lo que impone la política dominante, la de los revolucionarios conservadores que están actualmente en el poder, tanto en las instituciones políticas como en las instituciones de producción de discurso.

Al preguntarme qué podían aportar los científicos a una empresa como los Estados Generales, me he convencido de la necesidad de su presencia al considerar la dimensión típicamente cultural e ideológica de esa revolución conservadora. El movimiento de diciembre

1. Intervención con motivo de la sesión inaugural de los Estados Generales del Movimiento Social.